

¿Por qué vuelves, pasado, y arrebatas el futuro?

Caminaba tal niño perdido en sus sueños dentro de un mundo de adultos que no se dio cuenta de que detrás suya se alzaba la sombra de la guadaña que acariciaría su cuello dulcemente.

Ben susurraba el nombre de su futuro hijo mientras sus manos acariciaban los pétalos de las flores del parque junto a su mujer, Elisa.

Él la meció entre sus abrazos y acarició al niño que crecía en el vientre de ella y la sentó en la fuente, iluminada por tenues rayos de sol que se reflejaban en las escamas de aquellas carpas rojas que nadaban libremente en su propio océano.

Ben se alejó y cruzó la totalidad del parque, sumiéndose en un viaje que le llevaría al otro lado, para comprar un dulce algodón de azúcar.

Cogió el dulce y se apresuró a guardar los céntimos que le habrían sobrado en su cartera de cuero marrón que iba acorde con su abrigo.

Al girarse y emprender el camino de regreso a los brazos de su mujer, una fina hoja de metal se hundió en su pecho hasta desgarrarlo y él cayó de rodillas y fue palideciendo lentamente como una noche de diciembre.

Ben miró cara a cara a la muerte, un hombre de su edad, que cogió su cartera y huyó de la escena, como un conejo en un incendio devastador.

Ben reconoció aquellos ojos, aquellos iris color miel que tantas veces le habían amenazado, mostrando una inmensa ira, que ni el mismísimo Satanás podría expresar tan vivamente con tan solo una mirada.

El atracador había sido Marcos, un antiguo compañero de instituto del matrimonio, y cuyas entrañas habían sangrado tantas veces de envidia hacia ellos, odio acumulado, por el amor no correspondido de Elisa.

Marcos había llegado a golpear el rostro de Ben hasta desfigurarlo, le escupía palabras malsonantes e intentaba arrebatarse el amor de su vida, aquella niña de iris mar que también estaba enamorada del hombre al que se le resbalaba gotas de vida de entre los dedos de la mano.

Ben yacía en el suelo, tal perro apaleado, manchando su ropa de su sangre que se derramaba de la herida producida en la parte izquierda de su pecho.

Sus ojos lidiaban una triste batalla por permanecer en el campo de lucha, su garganta ponía todo el empeño en tocar su piano, pero de su boca tan solo salían gemidos humanos, inteligibles, acompañados de tinta a borbotones.

La pluma ya no se mantenía rígida, temblaba, se hacía cada vez más fina, ya no podía seguir empapando el papel de palabras que continuarían la corta historia de Ben.

Marcos había desaparecido hacía una década, había sido envuelto en una capa invisible y había dejado de molestar a la pareja, ya no les ocasionaba más sufrimiento...

Hasta aquel 21 de diciembre, aquella fría tarde en la que el invierno abría sus puertas, clavando astillas en el cuerpo de aquel moribundo.

Marcos había traído consigo a la muerte pegada a su espalda, envolviendo aquel cuchillo que empuñaba su brazo. Había vuelto para proclamar una victoria en la que solo entraba en juego un participante, él mismo, y había robado la copa del estante.

Sirenas de ambulancia y tantas otras de policía, rompieron la melodía que con sus picos creaban las aves y el silencio no volvió a reinar, no se sentó más en su trono durante toda la noche.

Elisa corría despavorida, voces en el parque susurraban a gritos que alguien había sido apuñalado y se agolpaban para llegar al lugar donde el perdedor yacía, dispuesto a ganar unos suspiros de más, que hacían cosquillas en sus labios ya lilas.

Sus piernas flaqueaban, iba a caerse, sus ojos se anegaban en lágrimas, que caían como si de una cascada se tratase y gritaba al cielo una pregunta a la que nadie jamás encontraría una respuesta válida a tal dolor producido en un mismo corazón.

Fuertes hombres cargaron con su cuerpo y lo tumbaron en la camilla, haciendo lo posible por guardar en un bote de cristal, su aliento, lo único que aún le mantenía con vida.

Elisa agarraba su mano fuerte y besaba su frente, mientras su marido trataba de ofrecerle una sonrisa corrompida por el inevitable y triste rastro de la muerte que le perseguía.

Llegaron al hospital tras amargos minutos y Ben no renacía, había sellado sus ojos y su respiración cada vez era más forzada y entrecortada.

Se sumía en un estado de sueño, cerca de la vida, pero también de la muerte a partes iguales.

La mente de Ben viajó más allá de la imaginación, cruzó grandes fronteras, se sintió libre y gastó los últimos instantes que quedaban de su consciencia en imaginarlo, pensarlo y recrearlo.

¿Qué imaginó Ben? Ben imaginó lo que habría pasado dentro de unos años, en ese futuro tan lejano y a la vez tan cercano si él hubiese muerto o si él hubiese vivido con un susto en el alma tras aquel incidente.

Fue ese mágico momento en el que su cuerpo y alma viajaron, utilizaron su propia máquina del tiempo, creada por el sentimiento de culpabilidad, aquel producido por el hecho de que él no quisiera abandonar el mundo ahora, por las ganas de vivir hoy y de vivir el futuro que le esperaba... O no... Eran unos trágicos instantes en los que la delgada línea jugaba sin temor a tropezarse con ninguna diminuta piedra que se interpusiera en el camino.

Ben se apartó de lo real, cerró los ojos, dejó de escuchar, y de su espalda brotaron alas que lo llevarían hacia otra realidad futura, lejana de su mundo, aquel que se deslizaba del espacio.

Cortas escenas surgían en sus pensamientos y él sonreía por dentro.

"--Papá, ¿me llevas al parque donde os conocisteis tú y mamá?--Alex, de seis años, sujetaba la pierna de su padre con insistencia.

--¿Otra vez? Ya estuvimos la semana pasada.--Contestó Ben al mismo tiempo que sonreía y cogía a Alex en brazos.

--¡Quiero un algodón de azúcar de fresa, papi! ¡Y quiero oler las flores y ver a los patos del lago!-- Alex seguía intentando persuadir a su padre mientras Elisa observaba la escena desde la puerta riéndose por lo bajo.

Ben no contestó y fue a su habitación y tomó con sus manos la gorra que siempre le acompañaba para colocarla en los rizos de su hijo.

Besó a su mujer en la frente y cogidos de la mano, la familia salió a la calle para pasar el día en el parque entre risas y rostros de los cuales era imposible apartar una sonrisa"

Ben se vio a sí mismo 6 años después y se aferró a la idea de que saldría adelante, que le quedaban todavía zancadas para llegar a la meta y quería burlar por tan solo una vez a la muerte, para tener un futuro lejos de la madera podrida de su ataúd y seguir con la esperanza de ilusión de vivir con su familia.

Gastó la poca energía que quedaba en murmurar un te quiero inaudible a Elisa y en esbozar una tímida sonrisa y de repente...

Pi... Pi... Piiiiiiiiiiii...

Los médicos se agolpaban en la habitación y todos los intentos de reanimación fueron nulos, el cardiograma no dejaba de dirigir a su fúnebre orquesta.

Tras varios minutos, cada uno de los doctores agachó la cabeza, lo habían perdido para siempre.

Ben se quedó anclado en el pasado, él era el barco de su propio naufragio en el océano, se hundía hasta llegar al fondo y quedarse atrapado entre las algas del mar, arañando su piel con la arena.

Nunca llegaría a ascender a la superficie a dar una bocanada de aire, su cuerpo se había debilitado, no habría más ninguna energía que fluyera en él. Ben se había apagado para siempre.

Al día siguiente, enterraron al hombre y toda su familia y cada uno de sus amigos, acudió a despedirlo.

Elisa subió al estrado mientras sujetaba un libro entre sus manos que se titulaba:

¿Por qué vuelves, pasado, y arrebatas el futuro?

Mi marido escribía un libro, el cual nunca llegó a terminar, pero en mis manos está ahora mismo que comparta con vosotros lo que él sentía, lo que quería saber sobre su propio mundo.

Sus amigos más cercanos y familiares sabrán que a él siempre le apasionó pensar sobre el futuro, creer en lo que iba a venir después de haber disfrutado un día.

Pocas veces lo oiríais hablar sobre el pasado, no creía en él, lo detestaba, él siempre hacía planes para un mañana mejor, con una sonrisa más que el día anterior hasta construir su propia muralla.

Él quería superarse a uno mismo, quería mejorar, aprender a ser más feliz... Y, ¿sabéis lo que hacía? Miraba al cielo, hacia las estrellas, tan lejanas como el el mismo futuro que se alzaba sobre su cabeza.

A él le habría gustado que yo os leyera algunos párrafos de su novela, pero aún no lo había planeado, pero es lo que él habría querido un día como hoy.

"A mí mismo, me considero una persona un tanto idealista. Me encanta seguir mis ideas, me apasionan, me hacen mejor persona y lucho por mantenerlas a flote.

La vida es como un barco a remos en medio de un inmenso océano salado.

El pasado se encuentra en el fondo, allí donde ya no llega la luz, donde las rocas lo han atrapado y es imposible de acceder una vez que se hunde.

El presente está representado por la superficie, por aquellas olas salvajes o aquellas suaves, que mueven tu naufragio de un lugar a otro.

Y el futuro está escrito en las estrellas con tinta invisible, allá donde tus ojos se ciegan y tiende tu alma a soñar lo que sería de ti, de la vida, del propio mundo en el cual estás girando a una vertiginosa velocidad.

Desde pequeño, he soñado cada noche con un mañana mejor, con una sonrisa más que mostrar, por ser más feliz que el día anterior.

Para muchos poetas y filósofos, el futuro, el paso del tiempo, el anochecer de tus días, tan solo trae soledad, aislamiento y el hedor a la muerte.

Qué poco conocen del mundo, qué poco saben del misterioso paso del tiempo.

Nadie sabe qué pasará mañana, ni dentro de muchos años, es un completo desconocido para nosotros, pero podemos elegir cómo afrontarlo y yo he decidido que lo haré mediante algo nuevo, un cambio en mí mismo.

Tú eliges quién serás mañana y cómo será tu futuro. Diferente, nuevo, estremecedor, pero una escalera más para subir hasta llegar a las estrellas que cada uno de nosotros dibuja con sus manos.

No te preocupes si ya has llegado a la meta y acabado tu carrera, aparecerán mil calles más a tu alrededor para recorrerlas.

No pierdas tu tiempo, el naufragio acabará pronto y las olas te llevarán a la orilla.

No dejes que el pasado arrebatte tu futuro.”

Elisa pronunció sus últimas palabras y todos los presentes enmudecieron. Ben tenía razón y su recuerdo volaría con las estrellas hacia un mundo mejor.